

Invitación a la lectura

☞ FRANCISCO SOLANO

NO cabe duda que la vida que llevamos, a estas alturas del siglo, no está regida precisamente por la serenidad. Al contrario, se trata más bien de una vida de trapisonda, de ajeteo, de constantes traslados, de desplazamientos, de citas postergadas, de vértigo, de llamadas anunciando que llegaremos, sí, pero tarde; una vida atravesada en su eje por la ansiedad, el estrépito y el olvido. El día, como para los hombres del siglo XIX, sigue teniendo veinticuatro horas. Para nosotros, sin embargo, tres minutos de espera en el andén del metro

da, acaso la única. Por fortuna, pese a todo, hay una reserva de sensatez, oculta pero latente, que nos advierte de la imperiosa necesidad de detenemos.

Nos detenemos, al fin, pero el problema, no obstante, sigue estando presente. ¿Qué hacer entonces? Lo más probable es que nos dejemos tentar por lo más inmediato, quiero decir, por el mínimo esfuerzo. Nada más fácil, para ello, que apretar un botón. Estamos cansados, incluso aturdidos, y apretar un botón es apenas un movimiento, un gesto distraído. Con ese gesto, como una magia, encendemos la pantalla del televisor. Toleramos así un secuestro de nuestra voluntad, de la poca voluntad que nos resta del día, antes que el cansancio, definitivamente, reclame de nosotros el sueño reparador, sólo para comenzar de nuevo, otra vez, otra jornada que no se distinguirá demasiado de la jornada precedente. ¿Es posible escapar de este ciclo de aturdimiento, de este laberinto?

LAS OTRAS VIDAS

Ya he dicho que apretar un botón es como una magia, pero hay otras magias. Acostumbrados a lo inmediato, olvidamos con frecuencia otras formas de descanso, igualmente a nuestro alcance y mucho más persuasivas. Olvidamos, por ejemplo, la lectura. Desde la invención de la imprenta, la lectura es, acaso, la magia más poderosa, próxima y real que conocemos. No podemos ignorarla. Nada requiere de nosotros, excepto un vínculo de complicidad y el mismo inicial abandono, la misma disposición distraída de apretar un botón. Contiene, sin embargo, universos muchísimo más complejos y complementarios que los mundos que surgen de apretar un botón. Un libro es siempre un espejo de conocimiento. Leer no es una distracción, es mucho más que eso, es acceder a otras vidas, es conocer la experiencia de los otros, una forma, en suma, de descanso, pues descansar, qué duda cabe, es descansar, sobre todo, de nosotros mismos.

Nos devuelve, además, la serenidad perdida, como un paraíso disponible para la imaginación. Ahí radica, precisamente, el valor inapreciable de la lectura. Pues, lo queramos o no, estamos siempre imaginando. De ahí que una silla no sea sólo una silla, como tampoco el estrépito de la calle que llega hasta la ventana es un ruido sin gente.



o en una parada de autobús, adquieren de pronto visos de tragedia. El tiempo y la impaciencia nos vencen; vivimos acelerados y, lo que es peor, creemos que esa aceleración es una forma de vi-

Las cosas, cualquier suceso, nos evocan siempre personas. De una silla vacía apreciamos menos su forma que la persona que la ocupó, y evocamos sus ademanes, su rostro y sus palabras. La calle y su bullicio, igualmente, nos remite a gentes conocidas, que acaso cruzan, justo en este instante, un semáforo con otros cuerpos innumerables, semejantes a nuestro propio cuerpo. Las cosas y los sucesos son siempre mucho más que lo que representan y contienen. En cierto sentido, de las cosas y de los sucesos puede decirse que son hechos asombrosos; podemos decirlo, porque suscitan nuestra capacidad de evocación y nos permiten vivir imaginariamente en otro espacio diferente. Sin embargo, nada contiene más vidas, sean reales, probables o imaginarias, que las que proporciona la actividad misma de leer. Jorge Luis Borges escribió: "De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación".

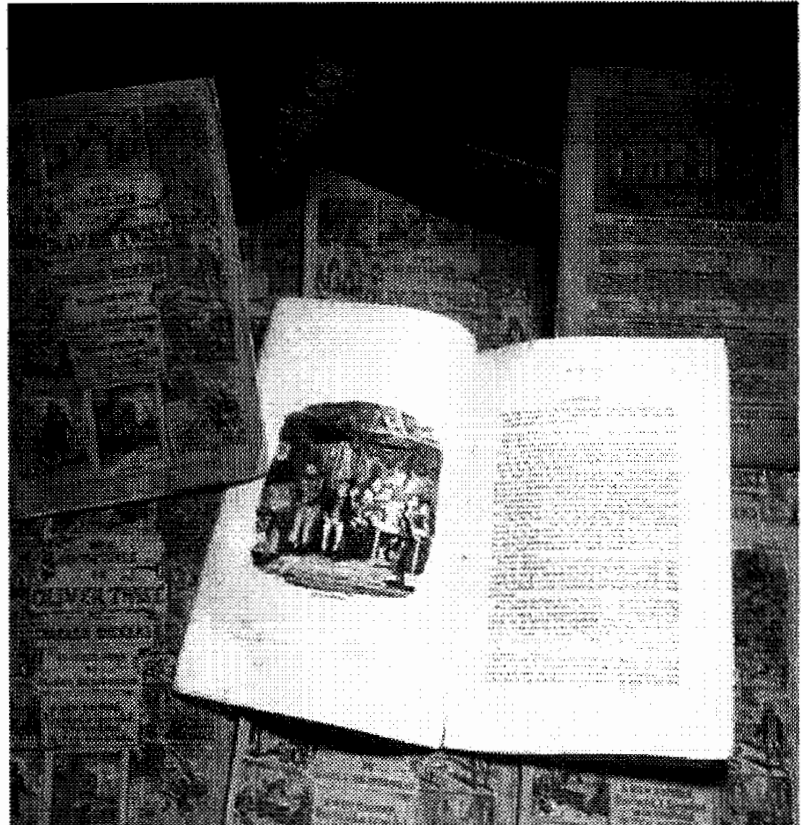
ESTAR EN OTRO MUNDO

Abrir un libro es como airear el cuarto de un imaginario país donde vamos a pasar una temporada. No sabemos cuánto tiempo vamos a quedarnos ahí, si serán horas, días o semanas; todo dependerá de lo que suceda dentro de esas páginas. Cada vez que pasemos las hojas, descubriremos el clima, las costumbres, las pasiones de las gentes que lo habitan. Al principio no conocemos a nadie, es un país extraño, pero el cuarto se irá llenando de visitas, son los personajes del libro que acuden convocados por el desplazamiento de nuestros ojos. No es necesario, por tanto, realizar grandes esfuerzos ni fatigosas excursiones. Nos basta con estar quietos. Pero si decidimos salir y cerrar la puerta, quiero decir, cerrar el libro, podemos llevarlo también con nosotros a la realidad de todos los días, a esa realidad de la silla y del estrépito de la calle. Leer es como estar en otro mundo, pero es también un mundo portátil que cabe en un bolsillo, un cosmos que tiene la extensión aproximada de las manos abiertas.

De este modo, en cualquier momento podemos retornar al libro, siempre que lo deseemos. En la lectura hay una corriente de emociones que nos hacen estar expectantes, alertas ante la peripecia de los personajes, preocupados por su destino. Leer es sentirse vinculado y partícipe de otro mundo, un mundo que mantiene con la rea-

lidad una relación de semejanza, pero que la prolonga más allá de las coordenadas del tiempo y la excede más allá de sus límites.

Alguien ha llamado *vicio sin castigo* al hábito de leer libros. Y así es, en efecto, la lectura nos permite ejecutar todo tipo de transgresiones sin

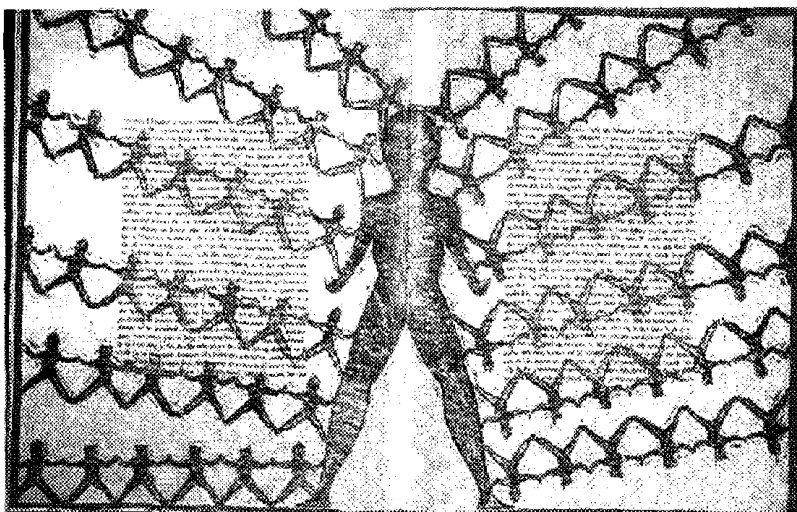


Leer es como estar en otro mundo, pero es también un mundo portátil que cabe en un bolsillo, un cosmos que tiene la extensión aproximada de las manos abiertas.

la amenaza de vernos alguna vez en el banquillo de lo acusados. Por el fulgor de las palabras podemos vivir en la Roma de Claudio, conocer los sentimientos más recónditos del emperador Adriano, ser Raskolnikov en el momento del crimen o Jim Hawkins en las amarras de la "Hispaniola"; podemos cambiar de sexo, ser Emma Bovary, Ana Karenina o Ana Ozores, o al contrario, Julián Sorel, el doctor Zhivago o Gargantúa; podemos enfermar de odio y furia por una ballena blanca, desdoblarnos en mister Hyde, asistir a la batalla de Waterloo, buscar a Eurídi-



Un libro siempre nos toca. Con sus dedos de sombra penetra en las zonas más abstrusas del espíritu y ahí deposita el germen de una conmoción.



ce en lo infiernos, descubrir en una playa solitaria la huella de un pie humano que no corresponde a nuestro pie. Hazañas del espíritu que se viven con los ojos perplejos, con la piel estremecida y con el cuerpo, sin embargo, inmóvil.

Un libro siempre nos toca. Con sus dedos de sombra penetra en las zonas más abstrusas del espíritu y ahí deposita el germen de una conmoción. A veces, ese germen es impetuoso y crece como una enredadera; otras es de una lenta paciencia, como la erosión del agua sobre las rocas. En cualquier caso, después de la lectura, el lector ya no es el mismo. Incluso es probable que tenga que hacer algún esfuerzo de reconocimiento y adaptación a la realidad cotidiana. Eso fue lo que le sucedió a don Quijote, cuyas lecturas hicieron germinar en su imaginación, no la trivial locura, tan perentoria y febril, sino algo así como el supremo recurso a la metamorfosis. ¿Por qué conformarse con un rostro cuando todas las máscaras son posibles? ¿Por qué ser uno, cuando se puede ser cientos?.

LEER ES VIVIR MÁS

Leer, en efecto, es vivir más, pues al leer experimentamos las múltiples vidas posibles, todo lo que podemos ser, la enorme riqueza acumulada en el tiempo por el hombre. En la lectura conocemos mejor el mundo y, de este modo, la propia vida se clarifica y ordena iluminada por el contraste de las múltiples vidas ajenas, encerradas y a nuestra disposición con sólo abrir el libro. Incluso, a pesar de las inevitables excusas, siempre hay tiempo para leer. Sólo depende de nuestra disponibilidad. Se puede coger un libro, porque se tiene toda la tarde por delante, o aprovechar las horas que preceden al sueño. Las vacaciones, sin duda, es un periodo propicio para dejar atrás la opresión ordinaria del tiempo y acceder a lo extraordinario, mediante los viajes, sí, pero también a través de la lectura, esa otra forma de viajar que no nos exige billetes, ni estaciones de tren, ni autopistas ni aglomeraciones en las playas. En cualquier caso, cuando al abrir un libro, nos dejamos seducir por una historia, por un relato, por alguna biografía o una novela, ese tiempo dedicado a la lectura expande nuestro espíritu y nuestra imaginación hasta ámbitos desconocidos, hasta lugares de asombro que, sin embargo, estaban ya dentro de nosotros, como si fueran los recuerdos de las propias experiencias.